

Hache

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Saturnino Martín, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Depósito Legal: Z-042/07
I.S.B.N.: 84-935490-3-7

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa.

Hache
SATURNINO MARTÍN

A mi familia, amigos, compañeros y alumnos
que en tantas ocasiones me han ayudado.

En especial a Paloma, mi mujer y compañera,
y a mis hijos Miguel y Paula
que me tienen que soportar en las horas de escritura.

I

¿COMIENZO O FINAL?

Me encuentro sentado en el suelo, con un cojín apoyado en los riñones y otro en la cabeza, del salón de la flamante casa que prontamente vamos a estrenar mi chica y yo. A pesar de que pretende ser mi nuevo hogar está fría. Los colores pálidos de las paredes, todavía desnudas; el sobrio mobiliario, casi minimalista, en este momento sólo es funcional; la arrastra hacia la impersonalidad un vacío que reside en cada rincón, que aguarda llenarse para ser un verdadero y compartido nido... si llegamos a alcanzarlo alguna vez. Espero con inquieto anhelo la llegada de esta mujer que parece ha llenado mi existencia, codicio su alianza, que con su calor convierta el habitáculo en una verdadera morada, que consiga, con su discreto gusto, alimentar de viveza nuestra unión.

Con todo, estoy satisfecho por el trabajo bien hecho. Durante este mes que me he hallado desguarnecido, he acondicionado nuestro chalet; este chalet individual de quinientos metros en cada una de las dos plantas (ella todavía mantiene algunos posos de su vida anterior) que curiosamente se localiza en el término municipal de Parla. En realidad es su quinta, yo no he aportado ni un euro para comprarla, no lo ha permitido. Parece que me ha querido agradecer con este asilo (que espero y ambiciono, una vez más, sea compartido) por las peripecias que hemos vivido juntos, sobre todo en estos últimos tiempos; por los desvelos que he soportado por y con ella.

En este lapso de mi orfandad se ha dedicado a recorrer el mundo preparando su flamante trabajo. Es la directora, entre otras funciones no menos importantes, de una ONG para ayuda a los marginados en los barrios y pueblos de los extrarradios de las grandes ciudades. Entidad que, después de muchos avatares, hemos conseguido tenga fondos ilimitados, tanto para sus obras como para la bisoña gestora.

Su subsistencia ya nunca va correr peligro, todo está atado y bien atado. Pero, todavía dudo si su mente está a salvo, si su claridad de ideas se mantiene después de este tiempo, si sus sentimientos siguen tan diáfanos como antes de su partida o si se ha hundido después de la tremenda tempestad.

Quería que hiciese este periplo de estudio escoltándola, que compartiese no sólo la vida con ella sino que además me implicase en su trabajo, en sus

ideas. Como es lógico, no he aceptado, entiendo que en una pareja no se deben participar las horas de labor, cada uno debe dedicarse sus propias ocupaciones (¿verdad o estupideces americanas?); además, después de los acontecimientos que nos han unido, necesitábamos un cierto alejamiento, un período de reflexión, de poner las obsesiones que me fustigan en orden, para descubrirnos la respuesta definitiva en cuanto a nuestro futuro.

Cuando ella comenzó su viaje parecía que en su interior no cabía el menor titubeo, su ilusión era tan inmensa que sin pretenderlo me estaba arrastrando. En mi cabeza se alborotaban sensaciones contradictorias; nuestra reunión ha pasado por tantas revueltas; mis hallazgos han sido tan ignotos, tan tenebrosos, tan inmoderados que me han obligado a enmendar mi postura ante la vida. Una persona que tras una dura biografía era equilibrada se ha convertido en un ser sumido en un mar de contradicciones que no es capaz de abordar.

Según los expertos, el esfuerzo físico parece ayudar a aclarar las ideas y en ellas me he centrado en este tiempo de soledad. Y creo que ya tengo casi todo el devenir medianamente claro. Este período de tiempo en el desierto, como un ermitaño, sí me ha permitido llegar a algunas conclusiones, sobre todo una: la quiero. Por esto necesito que regrese, soy como el pastel que espera la dulce boca de una bella dama decimonónica que lo ha tomado con sutil delicadeza entre sus largos dedos para saciar sus ocultas y reprimidas pasiones; ansío que retorne, que podamos mirarnos directamente a los ojos y estúpidamente nos declaremos nuestra mutua y correspondida devoción como unos inconscientes adolescentes.

A pesar de todo, las vacilaciones me asaltan más que esporádicamente; con excesiva frecuencia me abordan dudas; mi cabeza es como una fruta fagocitada con lentitud pero sin compasión por un gusano de necias preguntas: ¿habrá cambiado?, ¿mantendrá incólume su amor?, ¿nuestra vida en común es posible?, ¿nuestro contradictorios mundos no chocarán?, ¿podrá aguantar mi juicio la presión de los secretos que amontona?, ¿sabré resistir?...

Sigo aguardando refrescándome con una cerveza en la mano y engullendo unos frutos secos, disfrutando de este cansancio corporal con el que quiero trasladarme a un ficticio edén ajeno de reflexión, disfrutando de la maravilla que va a ser (eso espero) mi nuevo, nuestro nuevo cobijo. Supongo que estará orgullosa de todo lo que he realizado, del esmero con que me he empleado.

Me impaciento por su tardanza (presumo que no se habrá arrepentido), me desespero, me apremia su presencia, su pasión.

Escucho el retumbo lejano un coche que entra en el garaje. Es el susurro que me devuelve nerviosamente al mundo. El motor del vehículo enmudece haciendo arrancar el de mi corazón, beneficiando se expidan salvajes cauces hasta el más recóndito rincón de mi cuerpo. Atiendo al taconeo que sube con timidez las escaleras y se aproxima al salón (todavía no se ha acostumbrado a la distribución, en realidad cuando se marchó el mobiliario brillaba por su ausencia). Cada indeciso paso es acompañado por cantores latidos de mi corazón guiando a la joven hacia su destino. Mi conciencia está acelerada, me figuro como el felino esperando a que su presa se detenga para conseguir el certero zarpazo que alivie su desesperada avidez, pero no me levanto, aguanto la postura hasta que por fin aparece como una cervatilla que se muestra orgullosa en el bosque esperando ser atendida. Se aproxima con cara de solemnidad, descubriendo con su mirada los rincones de su nueva casa, y se planta delante de mí con los brazos en jarra; es la monarca que toma posesión de su ansiado reino. Despeja un amplia y cordial sonrisa que pone al descubierto sus igualadas y nacaradas perlas, mientras que yo simplemente me embeleso en su cuerpo.

—¿No me vas a decir nada?—me reprocha gozosamente, despojada de incertidumbre. Respondo con otra sonrisa sin reacción aparente, escondo mis instintos preparando la emboscada— ¿Tan cansado estás que no te levantas para pegarme un achuchón? —insiste con regocijo; la tranquilidad que desprende su alma me hace henchir de ella, conseguir ese sosiego que es lo que ciertamente necesito, es la luz que desde el lejano faro guía al navegante desviado de la recta derrota. Al no obtener ninguna respuesta finge un enfado indicando con rotundidad—, y yo que quería... que me hicieras alguna cosita después de tanto tiempo —su rostro se ilumina llamándome al abordaje que demoro imaginándome que el suelo es un tremendo imán que me retiene pegado con su fuerza.

A pesar de sus insinuaciones, de sus tentaciones, me mantengo firme. Los rayos de la última hora de la tarde penetran por el ventanal y hacen transparentar la blusa y falda que viste, adivinándose el contorno de su precioso cuerpo. Me retardo cautivándome en cada uno de sus serpenteos, evocando el fuego que me incendia en cada roce de su piel. No se ha percatado de que me está pregonando esa mágica hechura por lo que sigo aprovechándome insidiosamente de la perspectiva hasta que por fin la saludo con un desnudo:

—Buenas tardes, mi griega.

Arrugando su chata naricilla me recrimina con hilaridad.

—Te he dicho cien mil veces que me llamo Helena, aunque sea con hache... —y con un susurro afirma— ...y me encanta que me llames así.

Sus claros ojos verdes me llevan a las aguas plácidas de los mares dominicanos, emanan a borbollones todos y cada uno de sus sentimientos, sus emociones, sus pasiones, no quiero que diga nada sólo disfrutarla. Aprovechándome como un entrometido mirón recorro con la mirada, como un animoso explorador, la maestra orografía de su cuerpo. Su hechura se ha ido autoesculpiendo en el tiempo plagiando a una escultura clásica, adaptando sus formas a unos contornos más modernos, más atrayentes a los modos actuales. Fingiendo cara de reproche y con disfrazada voz grave le comento...

—¿No te da vergüenza ir sin sujetador por esos mundos de Dios donde te metes?

La verdad es que su cuerpo no es especialmente espectacular, pero lo suficiente hechicero. Sus pechos asemejan pequeños cuencos de miel que aguardan ser engullidos con consentida glotonería. Se mantienen erguidos sin necesidad de ayuda para desafiar a la fuerza de la gravedad. Obligan a deslizarse en la sinuosidad de su talla, subiendo y bajando las cumbres y valles que adornan su geodesia.

A su bello rostro asciende un notable acaloramiento que hace que su clara piel se torne en tenue carmesí (esta chica sigue siendo una tímida a pesar de sus treinta años). Las llamas me arrojan un calor que me hace inflamarse como un indefenso papelillo que cae en las llamas del fogón de la hogareña cocina.

Y con una gran carcajada asevero:

—Y además con tanga en lugar de algo decente.

Su rostro se ha convertido en una antorcha, su bochorno casi me abrasa en la distancia. Cae en la cuenta del sentido de los destellos del sol y del cosmos que me están descubriendo. Esa fina piel, casi transparente, que contradiciendo a la normalidad se tiñe de oscuro al contacto del sol en lugar de convertirse en un incómodo bermellón. Instintivamente cierra las piernas y cubre su torso con los brazos mientras ríe histéricamente. Me centro en la oscuridad que se descubre sobre la cinturilla de sus escuetas braguitas, la mitad de ese

tatuaje que desde hace tantos años me ha cautivado brotando desde la parte superior de su ingle derecha.

Una vez que se ha recuperado de la zozobra ofrezco mi mano y tomando la suya la atraigo hacia mí haciendo que se siente sobre mis piernas. La deposito un casto beso entre los ojos. Con parsimonia consigo abrir su boca con mi lengua fundiéndose nuestras emulsiones, bebiéndonos mutuamente, fricionándonos con impaciencia, intentando recuperar el tiempo perdido. Con aceleración, con precipitación, nos desnudamos quedando esparcida la ropa sin concierto en todo el salón; nuestros movimientos son irreflexivos, nuestros choques casi violentos, nuestras caricias significan rasgaduras en nuestras pieles. Ahí mismo, en el suelo, con ansia, sin artificiosos frenos, nos hacemos desesperadamente el amor hasta conseguir un éxtasis casi divino que nos hace desfallecer.

Ya templados, se arrulla en mi cuerpo, apoya su cabeza sobre mi pecho y con un sufrido susurro certifica...

—Te quiero, siempre te querré, no puedo vivir sin ti, no puedes imaginar cómo te he echado de menos durante todo este tiempo.

Lo descarga sin pausa, evitando que la interrumpa, simulando una sentencia que es imposible de recurrir, pero con una voz tan dulce que sólo permite un sumiso acatamiento. Deposito un beso en cada uno de sus párpados haciendo que enfunde sus lindos ojos que no se adornan con artificiosas pintadas, afirmándole de esta forma, sin manifestar una sola palabra, mis sentimientos. Con lentitud advierto que su respiración se va sosegando como la criatura hambrienta tras haber conseguido la necesidad del maná esencial, que su cabeza se aplasta contra mi pecho buscando un refugio cálido y seguro, escuchando la nana que canta mi corazón, que poco a poco consigue dormirla mansamente.

Me parece increíble que después de todos los avatares siga siendo casi una chiquilla, que haya conseguido aferrarse a la vida, que no tenga ninguna duda sobre cuál va a ser su transcurrir. De repente, en un nuevo sinsentido, me asaltan infames las malditas dudas. La tomo en brazos y la trasbordo a la amplia cama que no nos ha dado tiempo a inaugurar. La embozo con la fina sábana, me siento en una silla frente a ella y me dispongo a hechizarme con su presencia.

No sé por qué no me encuentro tranquilo, vuelven mis incertidumbres. Sí, sí estoy enamorado de ella, pero cómo la quiero: como un hermano, como un

padre, simplemente como un amante; qué soy para ella: su nuevo patriarca, su nueva familia, ese asidero que precisa. ¿Echará de menos su vida anterior?, ¿resistirá a los cambios por los que ha optado? Yo quiero ser simplemente su pareja, su complemento. Incluso suponiendo que seamos una verdadera unidad: ¿resistirá el peso el inmenso secreto que guardamos?, ¿le tengo que confesar la parte oculta que todavía no conoce? Demasiadas preguntas para mi alcance, demasiadas interpelaciones que con celeridad y tino debo resolver. Inmerso y perdido en esta penumbra, se me asoma una tenue luz primero y me alumbra una genial idea, después. Voy a psicoanalizarme a mí mismo y tras haber hallado las respuestas destruiré las pruebas,≠ porque nadie debe conocer estos lances que deben permanecer herméticos, que nadie, en ningún caso, debe siquiera intuir.

He de trabajar toda la noche y será por la mañana, al alba, cuando dé a mi chica la respuesta definitiva. Me levanto, preparo una cafetera, me acerco a mi despacho, enciendo el ordenador...

II

EL PRIMER CHOQUE

Estoy embebido mirando el parpadeo del cursor. El despacho está totalmente oscuro, sólo la exigua iluminación que desprende la pantalla que reposa sobre la mesa logra un ambiente brumoso en la habitación. A mis oídos sólo llega el lejano rumor de los camiones que circulan por la carretera de Toledo. Agradezco el retumbo que rompe la sordina completa. Desde el agasajo no deseado en la céntrica posada que me ofrecieron sin requerirla, no consigo tolerar la calma total.

Parece mentira, pero no sé cómo empezar. Es increíble que un señor profesor, acostumbrado a sistematizar los temas, a ser ordenado, a tejer perfectamente las ideas, no consiga encauzar el torrente de recuerdos, de vivencias acontecidas, sobre todo en estos últimos tiempos. Las incertidumbres, las contradicciones me martillean sin compasión.

No puedo discernir a partir de qué momento pude evidenciar los sentimientos hacia Helena. Me encuentro obligado a convenir que no ha sido una relación de amor a primera vista, muy al contrario, comenzó siendo una relación de recíproco y longevo... ¿odio? Sólo en contados momentos de nuestra relación hubo un ligero acercamiento cuasi amistoso entre ambos.

Sigo mirando la oscura pantalla; en un momento tuvo que comenzar nuestra adhesión, esta asociación que se ha ido fraguando a lo largo de todos estos años (¿tantos?). Pero, ¿a partir de qué momento ella permutó sus afectos?; o quizá siempre fueron disimulados, encubiertos por una capa por la que intentaba protegerse; ¿siempre se sintió atraída hacia mí y yo hacia ella?

Hago rodar la silla hacia atrás apretándome contra el respaldo. Alzo las piernas para apoyarlas sobre la mesa. Me ha parecido entender que Helena se mueve en la cama, que su respiración es perturbada. Temo que se levante antes de haber conseguido mi sentencia definitiva. Por fortuna es una falsa alarma. Me levanto y comienzo a caminar de un lado a otro de la estancia, intentando realizar el mínimo roce; siento el frescor del suelo acariciando mis pies desnudos que se deslizan jugando a seguir las juntas de las losetas de mármol, evitando los obstáculos que se cruzan en el recorrido porque todavía no he tenido el tiempo suficiente para desembalar las cajas que recogen mis

libros. Retorno al asiento, cubro mi cara con las manos, mantengo los ojos cerrados y... por fin determino comenzar por el principio, por el primer enfrentamiento que tuvimos para, a partir de ahí, dejar que caminen los recuerdos por orden según se encadenaron los hechos.

Deposito las manos sobre las teclas y con ligereza comienzan a activarse los dedos sobre el teclado y apareciendo las letras en la desértica pantalla...

Era un martes del mes de abril, tenía que dar clase a ese odioso grupo de niñas al que habíamos bautizado los compañeros como *las pipiolas* (somos exquisitos en los apelativos). En esos momentos era el encargado de impartirles las clases sobre el funcionamiento del Office, estábamos muy entretenidos intentando desentrañar los misterios de lo que es una hoja de cálculo.

Se trataba de uno de las peores camarillas con que me había enfrentado a lo largo de mis diez años como docente. Era un conjunto de diez amiguitas que se habían reunido en todos los aspectos de su pueril existencia. Sus padres, todos vecinos de una importante urbanización de casas individuales en Somosaguas, habían decidido que estudiaran la licenciatura en ADE y ampliaran los conocimientos que recibían en la carrera con estudios de informática y posteriormente complementando la preparación con añadidos que se precisan en las labores cotidianas de nuestra profesión.

Al acceder al aula el murmullo ya era insoportable. Tomé la decisión de comenzar la clase aunque no me hicieran el menor caso, como así fue a lo largo de la interminable hora. Sus risas eran constantes, sus operaciones con los móviles me descubrían que constantemente se mandaban mensajes que incrementaban su hilaridad, sus señales demostraban que se estaban burlando de mí, hasta que casi al final estallé.

—Bueno... ¡YA ESTÁ BIEN!

Grité por primera vez en mi vida como enseñante. Fue un alarido roto, intentando salir de esa habitación que era más una mazmorra de suplicio. Cada una de las paredes de la clase se apretaban con lentitud sobre mí, fue la única manera de atorar la tortuosa trampa que me oprimía.

Se volvieron hacia mí, la única ocasión en la que conseguí que me hicieron caso. Una vez conseguida su atención, continué ya con un tono más sosegado.

—Por favor, no entendéis que a mí me pagan igual tanto si aprendéis como si no. No entiendo cómo unas señoritas con veinte años se comportan

como niñas de quince. Se me escapa la razón, el por qué me intentáis putear a mí y no fastidiáis a vuestros padres, que son los que realmente os obligan a hacer lo que no deseáis.

No era capaz de hilar el discurso. Disfrutaban con algarabía de mis reiteradas estupideces. Después de un tenso silencio y al no obtener respuesta proseguí.

—Comprended, aunque os parezca mentira, que lo que hacen vuestros padres pretende ser vuestro bien, que dentro de poco os enfrentaréis a una dura profesión, donde no existe tregua, donde las zancadillas son la orden del día. Porque supongo que vuestra meta no será el conseguir un buen marido y dedicaros a la vida contemplativa, pariendo hijos que serán cuidados por la correspondientes chachas, mientras estáis en el club de tenis.

Esta vez sí desviaron sus ojos de mí, se miraron unas a otras con una estúpida sonrisa; incluso me pareció que alguna de ellas asentía a mi última afirmación. La dureza empleada había sido en balde (lo habían escuchado en muchas series de televisión).

—Perdonad el sermón que os de soltado —terminé ya con el pomo de la puerta en la mano—. Hasta el martes que viene y... por favor reflexionad.

Al salir cerré delicadamente la puerta y me apoyé sobre ella. Mi tensión era tan grande que la camisa estaba empapada de frío y pegajoso sudor, haciéndola parecer más una elástica de camuflaje en lugar de un fino adorno a juego con la americana que aguardaba en el despacho.

Cualquier esperanza se desvaneció inmediatamente porque a mis oídos desembocaron las carcajadas de las diez chicas simultáneamente, y unos comentarios más que despectivos: «Qué borde. Este tío es gilipollas. Qué se habrá creído este niño. A éste le falta que alguna le ponga en marcha, seguro que no moja desde hace la tira. ¿Alguna voluntaria?...» Etcétera.

Mis esfuerzos fueron ímprobos para no retornar y liarme a azotes con cada una de ellas, que era lo que realmente les hacía falta (en ocasiones me asaltan los ramalazos de barriobajero que no puedo negar). Aceleradamente me dirigí hacia la sala de profesores donde, por suerte, había algún solidario compañero que me entendía, con el que pude desfogarme. Ese antiguo confesor al que relatar los pecados que me llevarían directamente al terror del infierno del que realmente había emergido.